

LAFARIUM

CUARTIQUIS

Codex II



II

Toda verdad pasa por tres etapas. Primero, es ridiculizada. Segundo, es violentamente rechazada. Tercero, es aceptada como evidente.





STAFF

DIRECTOR EDITORIAL

Diego Arandojo

EDITOR

Fernando eFe PI

COLABORADORES

Gladys Cepeda

Julio César Pantoja

Diego Ollero

Paola Klug

Darío Bonfiglio

Alejandra Dorrego

Stella Alvarado

María García

Diego Yapur

DISEÑO

UnH Design

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada, o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo de Diego Arandojo.

Los contenidos vertidos en cada uno de los artículos son de exclusiva responsabilidad de sus respectivos autores.

Inscripción en la Dirección Nacional de Derechos de Autor en trámite. Todos los derechos reservados.

Las imágenes utilizadas son a título ilustrativo y pertenecen a sus respectivos autores.

Lafarium Cuartiquis es propiedad de

Lafarium Contenidos y editada por

UNH EDICIONES

www.unhediciones.com.ar

Lafarium Cuartiquis N° 2 | Agosto 2011
Buenos Aires - Argentina

EDITORIAL

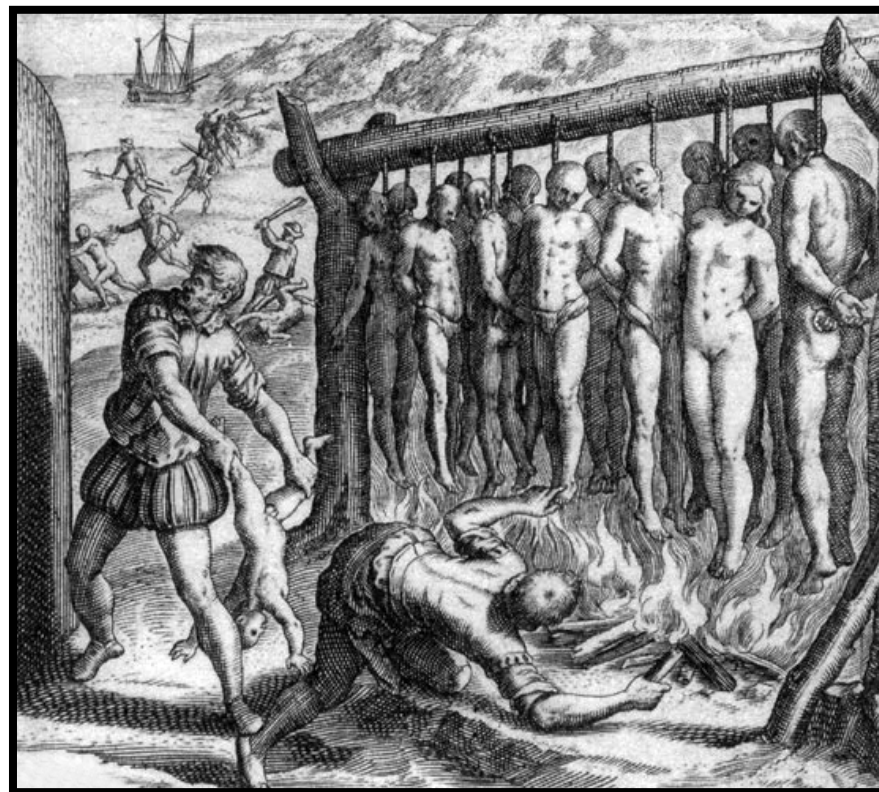
En el aquelarre supieron disfrutar de los secretos de la carne. Acompañadas por un macho cabrío, danzaron y cantaron alrededor del fogón. Adquirieron el don de volar y de ver el futuro. Luego vino el martillo, la persecución y los falsos juicios que eran apenas una máscara: la del terror eclesiástico. Todo fue una farsa; incluso la del aquelarre, construida meticulosamente por la imaginación de los inquisidores, fascinados y aterrados por las mujeres... Por su potencial.

Esta edición aborda un tópico complicado: la caza de brujas. Y digo complicado porque el mismo término “bruja” es denigratorio, condenatorio; fue invocado para justificar la muerte de miles de personas, acusadas de todo tipo de cargos que a la luz del siglo XXI nos parecen infantiles. Pero para los antiguos no lo fue.

La peste, las enfermedades que asolaron Europa necesitaron un chivo expiatorio. Y muy pronto lo encontraron: aquellas mujeres que ejercían la medicina local, producían ungüentos o los “filtros de amor”. La magia de pueblo. La tradición que muchas heredaron de las antiguas sacerdotisas de religiones aplastadas por el cristianismo.

Lafarium Cuartiquis ha decidido honrar la memoria de estas mujeres que, aunque desaparecieron físicamente, dejaron su marca en el corazón de una historia plagada de matices sombríos y breves períodos de estabilidad social. ⚡

Diego Arandojo



SUMARIO

- 04. Diana, la protectora de las brujas por *Diego Arandojo*
- 11. Poeta Pagana por *Paola Klug*
- 12. El Santo Oficio y su leyenda negra por *Julio César Pantoja*
- 19. Lilith desangrada por *Alejandra Dorrego*
- 20. De la sabiduría al tormento por *Gladys Cepeda*
- 26. El vuelo de Casandra por *Stella Alvarado*
- 27. Gato negro
- 28. Enteogénos por *María García*
- 31. Best wishes por *Darío Bonfiglio*
- 34. El último recurso por *Diego Arandojo y Diego Yapur*
- 38. R. S. F. B. (La receta secreta en la fiesta de las brujas) por *Diego Ollero*



DIANA

LA PROTECTORA DE LAS BRUJAS

Con la irrupción de la brujería, las deidades mitológicas fueron despertadas y el Santo Oficio se encargó de darles un nuevo lugar: el de liderar un movimiento femenino que rendía tributo a la carne y al Señor del Mal.

Por Diego Arandojo



A la medianoche ellas despiertan. Algo las convoca. Son voces que provienen del bosque, arrastradas por el viento.

Las mujeres se retiran de sus habitaciones. Recogen ungüentos escondidos en la cocina. Se embadurnan el cuerpo con una sustancia gelatinosa, la cual también aplican a su escoba. Las voces regresan; repiten un llamado: “Venid a mí, hijas de la luna”. Las mujeres salen de sus residencias llevando consigo la escoba.

Las doce mujeres elegidas vuelan totalmente desnudas. Su viaje es suave, sobre una noche sin nubes y con el cielo como único testigo. Abajo queda la tristeza de una humanidad medieval, pusilánime.

Estas damas avanzan en libertad. Sus cabellos ondulan sensualmente. De pronto, se van encontrando unas a otras en aquel firmamento que comparten en común. Forman una hilera, una recta en movimiento. Y en la cabecera de esta línea toma posesión Diana. Ella es joven, ataviada con una túnica corta y de estilo romano, porta en su espalda un arco y flechas. Viaja por los aires montada a un macho cabrío.

Súbitamente, Diana ordena descender hacia un lugar del bosque. Las mujeres obedecen y a medida que atraviesan los árboles atisban lo que parece ser un gran fogón. Allí, entre calderos y una amplia mesa cubierta de manjares indecibles, se realizará el aquelarre.

Relatos de la cultura

En los mitos encontramos las respuestas a las preguntas de los antiguos habitantes del planeta. La necesidad de saber cómo funcionaba la naturaleza moldeó en la imaginación del hombre una serie de criaturas maravillosas, dotadas de poderes y secretos. Eran seres sobrenaturales que también poseían sentimientos. Podían amar y odiar, sufrir y gozar.

En la mitología griega se encontraba Artemisa, hija de Zeus y de Latona, considerada la diosa de la caza, de la actividad ágil y del ejercicio. Su condición de virgen la volvía inaccesible a los deseos de ciertos dioses y de los mortales que se enamoraron de ella. Artemisa era representada con una túnica corta, armada de un arco, con los cabellos sueltos y rodeada por una jauría de perros cazadores.

Los romanos la llamaron Diana, la señora de los bosques, de la vida animal y también de la cacería. Se la relacionó con la fertilidad (mantuvo su carácter de virgen) y las mujeres la invocaban para que los partos tuvieran un buen desenlace. Estaba conectada con las fuerzas de la naturaleza y, por sobre todo, con la noche y la luna.

Para la investigadora Susana Castellanos de Zubiría, autora de *Diosas, brujas y vampiresas*: “Las diosas de la antigüedad se cobijaron bajo la noche. Todas ellas gobernaron como divinidades pro-



tectoras de la vida y la muerte y a su vez fueron portadoras de la luna. Estaban cargadas de un peculiar sentido sexual: eran vírgenes, por un lado, como la diosa lunar Artemisa, llamada ‘la dama de las fieras’ que representa el aspecto indómito de lo femenino; o diosas del amor misterioso, por el otro, como Istar o Lilith, de quienes luego tomará sus atributos Afrodita, y representaban el aspecto peligroso de la sexualidad”.

Con el tiempo, Diana fue vinculada con Hécate, la diosa de los infiernos, quien andaba errante con las almas de los muertos y era anunciada en las noches por los aullidos de los perros. En el arte se la representó con tres rostros: uno de caballo, uno de perro y otro de mujer.

Para los pueblos de la antigüedad, la noche era el territorio de lo inabordable. El hábitat de monstruos y bestias salvajes. No servían ni las espadas y ni los escudos –que diurnamente ofrecían una

defensa contra los enemigos– para protegerse contra las fuerzas que brotaban de la tierra o de los cielos. La luna era el “sol nocturno” que daba su luz (sabiduría) a ciertos elegidos. En este sentido y tal como apunta Susana Castellanos de Zubiría, las mujeres eran “identificadas con la noche, con la capacidad de curar o envenenar, con dotes de fertilidad, adivinatoras, parteras e interlocutoras de los muertos, incluso se las ha considerado con la capacidad de volar y con una enfermiza obsesión por seducir al incauto escogido para divertirse con él”.

Diosas femeninas con fuerza física y parafísica; maestras de los arcanos de las plantas y frutos prohibidos al paladar neófito; dueñas de instrumentos que daban placer, dolor y hasta muerte... Su poder sobre lo natural, bestial o simplemente humano, ganó el odio de muchos hombres. El matriarcado que durante un importante período de tiempo se estableció en la prehistoria (sustentado en el culto a la Diosa Madre, la Ishtar sumeria por poner un ejemplo) fue posteriormente reemplazado por el patriarcado, la era de los dioses masculinos.

Temporada de caza

En 1484, el papa Inocencio VIII promulgó una bula *Summis Desiderantes Affectibus* que dio comienzo a una persecución brutal y despiadada por distintos rincones de Europa. El enemigo a destruir eran las denominadas brujas, mujeres dedicadas a las artes oscuras, que pactaban con el diablo a fin de obtener privilegios sociales.

Según detalla el investigador Frank Donovan en *Historia de la brujería*, las

naciones que estaban en la mira de la Iglesia Católica eran Alemania, Austria, Francia, Suiza, Inglaterra, Escocia, Países Bajos y Escandinavia.

En ese momento, Europa sufría de epidemias, sequías, hambrunas y pobreza. Se necesitaba encontrar el porqué, un culpable que rindiera cuentas. Primero fueron los paganos (gnósticos, albigenses y un largo etcétera), luego los judíos, hasta que las hechiceras rurales (cuyo trabajo consistía en fabricar “filtros de amor” y recetas naturales) fueron bautizadas como brujas o *witches* en su equivalente inglés.

El término *witch* deviene del anglosajón *wicce* - *wise* que significa sabio. Mientras que bruja posee un origen bastante incierto: por un lado, se dice que podría tratarse del germánico *bruex* (hermano) y por otro del nórdico *brugga* (hervir pociones).

Pero la llamada brujería no era una novedad para los líderes del poder católico. Desde su irrupción en Occidente, los cristianos se enfrentaron con toda clase de doctrinas, religiones y cultos que consideraron paganas, heréticas. El derecho canónico define a la herejía como “un error religioso mantenido en voluntaria y persistente oposición a la verdad según ha sido definida y declarada por la Iglesia de manera autorizada”.

Los heréticos fueron excomulgados y dejados a disposición de las autoridades seculares que podían darles muerte o bien expulsarlos de la comunidad. Esto cambió a partir de 1484 cuando se desató la fiebre de las brujas y se comenzó su exterminio sistemático.

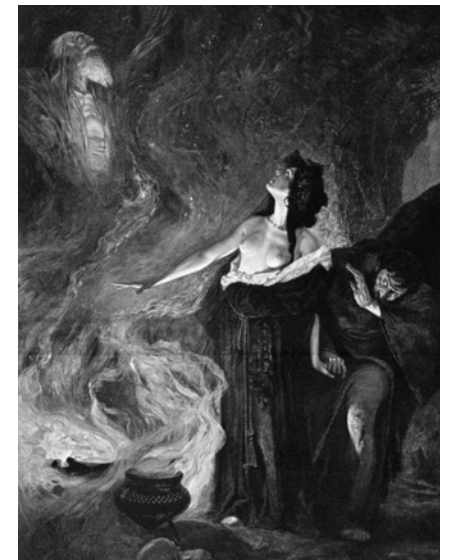
En el período comprendido entre 1450 y 1750, fueron asesinadas más de 300.000

mujeres acusadas de brujería; aunque distintos autores difieren sobre este número. Alemania fue el país que más decesos produjo, tal como apunta Geoffrey Parrinder en su obra *La Brujería*.

De todas formas, el blanco siempre era el mismo: la mujer. Fueron muy pocos los hombres juzgados e incluso algunos animales culpados de ser “demonios familiares”; bestias hogareñas (gatos, perros, lechuzas) posesas que enseñaban a las brujas la magia maldita.

La Iglesia Católica posee una tupida demonología compuesta por 72 jerarcas infernales y unos 7.465.926 espíritus inmundos, de acuerdo a la pesquisa de Pierre De Lancre. Por lo tanto, se creía que dichos demonios atacaban más a las mujeres porque ellas estaban predestinadas al mal.

Durante este femicidio, los cazadores de brujas utilizaron una suerte de manual: el *Malleus Maleficarum* (El martillo de





las brujas), obra de los monjes dominicos Jacobus Sprenger y Heinrich Kramer. Se trataba de un compendio que daba instrucciones precisas sobre cómo detectar la actividad bruñeril, a la par de brindar herramientas al inquisidor para aplicar los correctivos adecuados.

En los procesos inquisitoriales, las preguntas que se realizaban, muchas de ellas reforzadas por la tortura, a las mujeres acusadas de brujería apuntaban a un evento que causaba escalofríos (además de una fascinación oculta, sexual): el aquelarre, el conventículo de las congregadas por Satán (del hebreo *sa-tan*: adversario, opositor o subversor).

La nueva Diana

La vieja religión matriarcal no fue olvidada. La heredaron aquellas hechiceras pueblerinas, quienes a través del desa-

rrrollo de la magia medicinal intentaron perpetuar el recuerdo de la Diosa Madre. Condenadas por la Iglesia Católica como brujas, se buscó su muerte y, por consecuencia, la de la vieja religión.

La Inquisición estaba interesada en los aquelarres, vocablo de origen vasco que significa *aker* (macho cabrío) y *larre* (campo), el punto de encuentro de las brujas, allí donde realizaban todos sus actos innumerables.

Aquí es donde reaparece Diana, la diosa de la caza, conectada (a la fuerza por los acusadores) con Hécate, la regente infernal. Ambas deidades comparten algo en común: su conexión con la naturaleza. Las mujeres en su capacidad de gestar vida fueron asociadas a la tierra, a lo telúrico.

El aquelarre también fue llamado Sabbath (la demonización del judaísmo fue tan significativa que se comparaba a la sinagoga con un fortín de monstruos diabólicos) y Coven, cónclave de trece participantes, en un clara burla a los doce apóstoles cristianos. Al parecer esta reunión se celebraba los días viernes por la noche (es interesante recordar que los templarios franceses fueron capturados un viernes trece, de ahí el poder de esta cifra mágica). Las brujas que participaban comían, bebían, danzaban y se lanzaban a una desenfrenada orgía hasta el primer canto del gallo que era “símbolo de la negación de San Pedro”.

Con su resonar sobre el páramo donde tenía lugar el aquelarre —dice Jean Palou en su obra *La Brujería*—, todo desaparecía; las ateridas brujas volvían a sus casuchas decrepitas, donde las escobas yacían junto al fuego.

Esta reunión podía estar precedida por el mismísimo Diablo (el macho cabrío, la cabra antropomórfica, el ser horrendo de piel bruna) o por una fémica todopoderosa, deidad antigua encarnada.

Para Geoffrey Parrinder: “la diosa clásica Diana es solo una anfitriona conveniente para tales reuniones, pues era una de las manifestaciones de la Hécate nocturna”. El autor agrega que “las brujas cabalgan por la noche con Diana sobre ciertas bestias, con una innumerable compañía de mujeres”.

Como jefa de las brujas, conducía a su rebaño al lugar elegido para celebrar el conventículo y disfrutar de los placeres prohibidos a los comunes, que incluía el denominado *osculum infame*, besar al demonio —o la demonia— en el ano. Comían exquisitos platillos, bailaban entre ellas y con seres perversos (la danza como liberación de la opresión femenina al señorío masculino) hasta entregarse al clímax mayúsculo: el comercio carnal con el diablo.

La magia no ha muerto

Al término de la caza de brujas, cabe destacar los también escabrosos procesos llevados a cabo en América, especialmente los de Nueva Inglaterra; la humanidad parecía abandonar el oscurantismo.

Para muchos, Diana estaba destinada a regresar a su lugar en el panteón mitológico de donde surgió de la mano de su hermana Hécate. Pero no sería así.

En 1899, Charles Leland, presidente del primer Congreso Europeo de Folklore, realizado en Italia, recibió de manos de una bruja un texto manuscrito llamado *Aradia: el Evangelio de las Brujas*.



Leland le había encargado recopilar la sabiduría de las hechiceras, aquella magia pretérita que el cristianismo quiso aplastar. Según Frank Donovan: “Los versos fueron compuestos por una comunidad rural y muestran la influencia de una propaganda política, propia del siglo XIV”.

En esta singular obra brujeril se presenta a Aradia, la hija de Diana y de su hermano Lucifer. La joven protagonista tiene como misión viajar por los confines de la Tierra y enseñar a los pobres y oprimidos el arte mágico a fin de que puedan liberarse de la opresión: “Diana dijo un día a su hija Aradia: en verdad fuiste concebida y creada por el Espíritu, pero naciste para volver a ser otra vez mortal; debes volver

a bajar a la Tierra para instruir a mujeres y hombres. A todo quién este dispuesto a estudiar la brujería en tu escuela.”

La cacería de la mítica Diana se convierte entonces en la de corazones que desean aprender los conocimientos vedados al profano y que son parte del testimonio de las primeras mujeres que comprendieron el lenguaje de la naturaleza.

Diana, ya sea como protectora de las nuevas brujas o *wiccans* (religiosas neopaganas de la doctrina propulsada por el inglés Gerald Gardner), o como efigie de la mitología clásica, es un símbolo de fortaleza que sobrepasa cualquier clasificación académica. Es la dama nocturna, la pureza, la caricia tierna de la madre que nos cobija en su vientre. ❧



POETA PAGANA

Por Paola Klug

Lida, la de voz de ave,
bendecida por Bragui,
la de cabellos de noche
y piel de luna.

Lida, la que cantaba a los Ases
sus poesías paganas
cuando Mâni era perseguido por Hati en el cielo estrellado.

Lida, la que osó negarle un beso a un cristiano,
los del dios nuevo, sediento de sangre,
los del dios lejano, los del dios enfermo.

Lida, la de las manos suaves
que están atadas al madero de roble, árbol sagrado,
que arde, que quema, que devora su carne
y sus cabellos.

Lida, la digna,
que canta entre el fuego
ante la mirada repulsiva
de los hijos del nuevo dios

Los que osan gritarle demonio
a lo más puro que verán sus ojos.

Lida, la hermosa Lida,
se ha vuelto ceniza
que se esparce en el viento,
para seguir cantando
en Lyfia
una poesía para sus propios dioses. ❧



RAZÓN :: ILUSIÓN

EL SANTO OFICIO Y SU LEYENDA NEGRA

Durante cientos de años, España estuvo considerada como la gran fábrica inquisitorial. Sin embargo, al examinar los hechos en forma neutral, una nueva información muestra la verdad oculta de este asunto tan delicado.

Por Julio César Pantoja Torrijos



Para descubrir la cruda realidad de la Inquisición española, tenemos que realizar un viaje por los hechos que nos marcan el origen de una pesadilla que ejerció un poder omnímodo. Realmente el fenómeno de la Santa Inquisición no es un producto netamente hispánico, es en Francia y a raíz de las herejías cátara y albigense que se empieza a institucionalizar una persecución, proceso y condena de los que van en contra de la fe cristiana, o al menos de una versión de la misma. A decir verdad, la Inquisición estuvo en todos los países europeos que abrazaron el cristianismo (sea católico o protestante).

En 1478 y tras la bula papal concedida por el español Borja (que mantuvo al Vaticano como un palacio de placeres, intrigas y venganzas), los Reyes Católicos empiezan a “limpiar” el territorio de todo aquel que no comulgara con la auténtica religión. Así y tras el edicto de expulsión, judíos, mahometanos y posteriormente protestantes veían en España un lugar hostil donde su vida peligraba enormemente.

Estos fueron los objetivos principales del Santo Oficio, cuyo poder ayudó a consolidar la máxima de esa nueva unidad nacional: una sola corona, un solo territorio, una sola fe. A esta fórmula arrimó el hombro una orden que gestionó mejor que nadie esta nueva cruzada, los dominicos, literalmente los *domi*

cane o los perros de Dios, los que cazan fielmente para su señor con las garras afiladas en los autos de fe.

Con el paso del tiempo, algunos grupos heterodoxos considerados como heréticos —o simplemente incómodos—, fueron también el objetivo a batir: alumbrados, falsos iluminados, brujas y hechiceras, saludadores, conjuradores de tormentas, creadores de prodigios y un sinfín de personajes dignos de cualquier novela del Siglo de Oro, donde lo más importante no era poseer un don especial, sino vivir del ejercicio depurado de una picaresca que campaba a sus anchas en la supersticiosa España del siglo XVI.

Los instrumentos del terror, recuerdos de la oscuridad

Aquí el mito no se nos cae, pero si empezamos a investigar queda un poco flaco con respecto a otros países. Los tormentos se aplicaron y sus gritos aún retumban en las lóbregas cárceles secretas de esta temida institución. De todos los instrumentos que hemos podido ver en museos o a través de imágenes y que no se olvidan fácilmente por su morbosidad, sólo tres —que no son pocos— eran los martirios infligidos en suelo español.

- El famoso potro de tortura, cuya misión era descoyuntar los miembros; al reo se le colocaba encima de una plataforma, se le ataba las muñecas y los to-

billos y por un mecanismo giratorio, se iban apretando y separando paulatinamente los miembros hasta que, a veces, si la confesión no se daba o era la que no se esperaba, pies y manos quedaban separados del cuerpo de la víctima.

- La toca, consistía en un trapo o gasa

rugosa que se introducía en la boca produciendo una sensación de asfixia insoportable. Además, en la boca del reo se introducía un embudo por el que se iba echando agua y, a veces, vinagre para que aumentara la sensación de angustia y quemazón respectivamente. Este sistema se aplicaba por lo general como acompañamiento de los otros métodos.

- La garrucha o polea: al reo se lo maniataba por la espalda y se le levantaba en vilo hasta conseguir cierta altura soportando su propio peso corporal. Si era obeso, sus brazos se descoyuntaban sin esfuerzo, pero por lo general se subía hasta cierta distancia y luego se le soltaba de golpe sin tocar el suelo, lo que provocaba el consiguiente desprendimiento de los brazos.

También existían las penas humillantes,

los paseos con San Benito (que generalmente y tras fallecer se colgaban en parroquias e iglesias para que el escarnio perdurara durante generaciones), los azotes públicos, el destierro, los “trabajos sociales” en hospitales o leproserías, el ingrato deber de remar en galeras en

los viajes transatlánticos que llegaban hasta el Nuevo Mundo y un largo etcétera.

¿Pero qué hay de la famosa dama de hierro o dama de Nuremberg? Como su propio nombre lo indica, este tormento se utilizó por primera vez en la ciudad alemana, pero nunca se empleó en España, al igual que los quebrantahuesos, quebrabacraneos, peras vaginales y rectales, aplastados, sacapezones, martillos,

agujas, máscaras humillantes, barriles, cigüeñas... Ninguno de estos instrumentos del demonio llegó a instalarse en la temida Inquisición española, que con descuido fue recogiendo como un oscuro legado todos los suplicios sobrantes que otros quisieron olvidar o quizás imponer. Quién esté libre de pecado...



No nos resistimos a alentar al lector a echar un vistazo a ese tratado de ciencia ficción terrorífica, que tanto daño hizo a Europa (y al mundo) llamado *Malleus Maleficarum*, para darse cuenta de que el delirio no tiene límites y que si éste es impuesto, se normaliza. Con Heinrich Kramer y Jacob

Sprenger se inaugura una nueva etapa en la literatura, el género del fanta-terror. Sin embargo, tiempo después de esta obra, en España por ejemplo tuvimos una figura bien distinta como la de Salazar y Frías (el llamado abogado de las brujas) que cambió el paradigma de actuación y cortó de raíz la histeria colectiva del caso de Zugarramurdi, para abrir una nueva etapa donde la razón se imponía y donde la bruja ya no era un estorbo. Las cosas no son lo que parecen.

Las brujas de los cuentos y el anarquismo satánico

Margaret Murray definía a la brujería como “la antigua religión”, una creencia que había sobrevivido durante milenios y se había instalado en la Europa medieval

como un legado que se resistía a desaparecer, como la expresión identitaria de una magia primigenia y auténtica de claros tintes femeninos y matriarcales, e incluso como la primera creencia instalada en la psique de la humanidad que llegaba con las capas culturales que el tiempo y

los cambios habían ejercido en este culto a la naturaleza y el *Anima Mundi*. Un retorno al paganismo mágico. ¿Pero es realmente la brujería esta pervivencia tan ancestral?

El historiador y antropólogo Julio Caro Baroja niega esta visión y aporta todo un estudio pormenorizado digno de análisis. Para este autor, la brujería no es sino un fenómeno de reacción que se da de forma exclusiva en una época y que tiene caracte-

rísticas propias que la hacen única y no vinculada a un pasado cuasi-romántico. La bruja nace y se hace en el medioevo como reacción contracultural, hoy diríamos como una actitud antisistema, como un movimiento anárquico (ni dios –impuesto–, ni rey, ni amo) que desea demoler los prejuicios ante una pesada losa social prohibitiva y opresora, de-



fendiendo en sus ritos y mitos la libertad, sobre todo la sexual.

El culto al diablo sería un constructo católico que desea separar y satanizar (nunca mejor dicho) a estas mujeres y hombres que iban “por libre”. La brujería, para Caro Baroja, no tiene como elemento distintivo ni un pasado ni un futuro, sino que es hija de su tiempo, en el que todo era pecado y el pecado era siempre femenino (de *fe minus*, menos fe). La brujería, tal como la conocemos, para nuestro autor es un fenómeno sincrónico en el tiempo y limitado en el espacio.

Nuestra opinión, que siempre aspira a ser equilibrada –misión del todo imposible–, observa el fenómeno de la brujería como una realidad entre la recuperación-adaptación de un rito que nunca fue olvidado por completo y un fenómeno con características que la hacen del todo particular.

La creencia y la práctica bruñeril pueden ser analizadas como la vuelta del ceremonial en plena conexión con la naturaleza, como una rueda transcultural que gira y gira y sólo cambia en lo formal, pero no en lo esencial.

En la brujería, y en particular en el Sabbat como su máxima expresión, se condensa lo extático, el frenesí de lo divino y el acceso a la otra realidad por el exceso; el placer sin límites que trasciende la naturaleza mortal y llega en última instancia a mirar a los dioses cara a cara.

Se podría ver aquí un “religar”, un volver a unirse o reconectar, por ejemplo, con las fiestas en honor a Dionisio: las bacanales en las cuales la danza extática, la droga y el sexo eran las manifestaciones humanas de reivindicación del ciclo

de conexión íntima con el dios reivindicado. Aquí, el rito da sentido a la vida, refleja humanamente a un dios no abandonado al placer, sino que nos encuentra en el placer; su camino es el abrazo que nos hace volar y disfrutar sin prejuicios como unión cósmica entre el hombre y su universo. El conocimiento llega de la embriaguez; el saber, por el placer.

Damos un paso más y admitimos la necesidad de lo dual, ya que el orden está compuesto de fuerzas opuestas en lucha que han de armonizarse. Ésa es la funcionalidad del rito, de ese cosmos que ha de romperse para que vuelva a equilibrarse celebrando la vida y la muerte; el éxtasis de lo profano que accede a lo sagrado.

Admitimos, pues, la no viabilidad de una cultura que se resigna a ignorar una parte de su propia naturaleza, sea esta moralmente adecuada o no a su tiempo. Los extremos están siempre presentes y si no se aceptan y concilian –o reconcilian– degenera en una perpetua descompensación (imposición, tortura, ejecución del “distinto”).

El orden y el caos han de repartirse el tiempo sin que ninguno de los dos monopolice el ciclo. Sólo entendiendo esto, se comprenden mejor estas manifestaciones tan necesarias.

La brujería no es una superstición sin más, sino que cumple una función sociocultural. Una sociedad no puede ser homogéneamente apolínea o dionisiaca, sino que ha de ser bifronte, como un ídolo que mira siempre a dos direcciones para tener una visión del todo.

La brujería no dejaría de ser el engranaje de la rueda que se inclina hacia lo

vital, la pulsión sexual que reivindica a Eros, la generación de vida –no olvidemos que estos cultos estaban orientados a la fertilidad– en contraposición con la pulsión mortal de Tánatos, representado por la Inquisición que acaba con la vida de todos aquellos “distintos” no controlados.

Este comportamiento ceremonial es transcultural, inherente y universal para todos, en todos los lugares y en todo tiempo. No podemos luchar contra nosotros mismos, sino admitir todos nuestros polos, nuestras caras. Las formas cambian, los fondos permanecen; la brujería reivindica la conexión del hombre y la naturaleza en su estado más puro.

Por supuesto que todos los fenómenos culturales son un reflejo de su tiempo y su espacio, de las potencias y carencias sociales existentes, y como nos dice la máxima: a una acción le sigue una reacción. Cuanta más contención, más radical será su respuesta contraria. Lo estamos viendo ahora. Por eso el delirio y la ilusión se cebaron con la brujería, porque sencillamente no dejaba de ser la pesadilla encarnada de una mentalidad de extrema represión militante.



La brujería tiene ropajes propios, se viste con la atmósfera de la vieja en su gabinete y el gato negro, la ponzoña y el ungüento, con los prados del macho cabrío, con una imagen arquetípica que nos ha legado el misterio y a veces el terror, siempre la curiosidad perpetua y nunca la indiferencia. Por esto, la brujería sigue captando nuestro aliento hasta el día de hoy.

Todo lo demás son casos curiosos en los que el engaño compartido y el auténtico domino de las magias más primitivas se combinaban en un teatro en el cual todos eran sospechosos. Y he aquí el poder más brutal de la Inquisición, el control psicológico por ser acusado sin razón o motivo. No existe un enemigo, porque el enemigo somos todos.

Las cifras y la creación de la leyenda negra

Sólo me limitaré a dar las cifras que se han considerado válidas hasta el día de hoy según la documentación contrastada. Por países, resaltaremos sólo algunos en los que la Inquisición tuvo la suficiente trayectoria temporal significativa para ser evaluada. Así, en España hubo 59 ajusticiados por 7 millones de habitantes. En Suiza, 4.000 por un millón de habitantes. En Polonia-Lituania, 10.000 por 3 millones cuatrocientos mil habitantes. Y en Alemania, 25.000 por 16 millones de habitantes.

Entonces, ¿por qué España se lleva el San Benito de ser la más cruel y sanguinaria de todas las Inquisiciones? Por dos motivos muy claros. Por un lado, porque fue la última en desaparecer y caló mucho más en futuras ge-

neraciones; aquí el tiempo y el olvido borran la sangre de los muertos, de los “otros muertos”, quedando su mancha en la memoria colectiva e incluso recuperándose esta fatídica visión en la literatura gótica (*El pozo y el péndulo* de Edgar Allan Poe, es un buen ejemplo). Y por el otro, porque hubo un interés muy bien articulado por ciertos personajes que iban en contra de los intereses de España y a favor de otras naciones emergentes —y enemigas— a partir del siglo XVI.

La leyenda negra se fragua en los Países Bajos y se mantiene como un testigo por los exiliados políticos profranceses y anticlericales hasta el siglo XIX. Incluso, le podemos poner nombre y apellidos a un personaje que no hizo poco esfuerzo por repartir ponzoña a toda Europa en contra de la memoria de España, hablamos de Juan Antonio Llorente, que trabajó precisamente para la Inquisición en Madrid y que renegado, se puso a servir al enemigo a través de su obra *Historia crítica de la Inquisición española*. De aquí y no de otra fuente, se refuerza para la posteridad la auténtica caza de brujas hispánica, donde todos somos malos sin criterio ni defensa.

Ya se sabe, de traidores está el mundo lleno. Y sin ánimo de defender lo irracional, lo criticamos con criterio y concluimos apuntando que los que no borran su historia aunque esté distorsionada, la tienen siempre sobre su espalda, aunque a veces la misma no deje de ser una sombra amenazante que nos persigue para no desaparecer nunca. Ojalá aprendamos todos de todo esto. ☸

LILITH DESANGRADA

Por Alejandra Dorrego

Antes de Eva, fue Lilith.

Esposa de Adán: le devoró los ojos, masticó su carne, quiso ser Hombre para poder hablar con Dios.

Bebió la sangre y de ella sacó secretos. Pudo forjar una espada. Creó el primer lenguaje, el adánico.

Lilith. Ninguna bestia del Edén se le negaba. Sus ojos eran llamaradas sexuales, violentas, voraces.

Ella con su espada se encargó de custodiar el corazón de Adán. Pero él era robot, autómatas de Dios.

Cuando llegó el invierno, Lilith fue llamada por el ángel Micael. “Mujer, deberás postrarte ante Adán. Él es tu esposo y patrono” sentenció la criatura alada.

Respiró la mujer tres veces; tres veces apretó su espada; tres veces tajeó al ángel Micael.

La sangre angélica formó en la tierra del Edén un abismo.

“Bruja...”, suspiró Micael antes de elevarse y desaparecer.

Dios despertó de su sueño.

Sintió algo nuevo entre sus barbas: ¡El pecado!

Y vio que no era bueno. Que separaba el futuro del hombre, corrompiéndolo.

Rápidamente lanzó un rayo que fulminó a Lilith.

Ella tenía la culpa.

Era mujer. Por ende, hábitat del pecado.

Los restos de la insurrecta se fueron por el abismo. La espada femenina, en cambio, quedó a un costado, escondida en un arbusto. La serpiente la halló.

La sierpe aprendió grandes cosas del metal.

Puedo erguirse, hablar en varios dialectos

(pues el adánico se hizo *latinum*, *escriptum*, *enoquianum*)

y pretendió la víbora ser también Dios.

La bruja retornaría.

Y con ella el caos. ☸



DE LA SABIDURIA AL TORMENTO

Del Medioevo al Modernismo, el temor de los hombres ha llevado a la hoguera a miles de inocentes, cuya voz intentó ser silenciada. Un miedo que aún hoy, en medio de un planeta agobiado por redes sociales, persiste bajo nuevas formas.

Por Gladys Cepeda



“ A la hechicera no dejarás que viva ”
(Éxodo, 22:18)

Esta cita aparece en la película *Carrie*, del director Brian De Palma, de boca de la madre de la protagonista: una fanática religiosa que condena a muerte a su propia hija, como una respuesta de incompreensión frente a una sensibilidad diferente y una inteligencia superior. Pero la sociedad ya lo había hecho anteriormente. El propio Stephen King fue objeto de burlas y discriminación. Al escribir la novela —que posteriormente fue adaptada al cine— retrató la historia basada en su experiencia adolescente y la frustración de muchas de sus compañeras de escuela que terminaron suicidándose. Pero, ¿por qué la progenitora de Carrie utiliza la cita bíblica? Porque su hija realiza telekinesia, además de desplegar su libertad; y porque era un versículo que se utilizaba con suma frecuencia para justificar la persecución de las brujas. Cabe preguntarse sobre estas mujeres: ¿son personas con capacidades diferentes o alucinados productos de una sociedad represora?

Las brujas existen desde siempre. Recordemos que en el arte y el imaginario popular el miedo a lo desconocido ejerce sobre nuestros primeros recuerdos y nos acompaña toda la vida, aunque los exorcicemos, psicología mediante, junto con la fascinación.

¿Quiénes son estos personajes? La terrible madrastra de Blancanieves, la curiosa anciana que en los pueblos practicaba la medicina (a la que todos consultaban); el que poseía la lámpara de remotas fábulas orientales, o incluso el niño que asistía a una escuela para aprender el antiguo oficio. Todos pertenecían a la brujería, pero en distinta magnitud.

Se dice que existen cuatro clases de magia: la natural, que conoce las fuerzas de la naturaleza y también produce efectos prodigiosos como la fantasmagoría y la ventriloquía; la matemática, que conociendo las leyes mecánicas construye máquinas y autómatas; la envenenadora, que realiza brebajes y filtros; y la ceremonial, la más poderosa que se subdividía en “Geosia” (comunicación con espíritus malévolos) y la “Teursia” (contacto con los genios puros).

La magia blanca fue introducida a posteriori por los juglares. Según la doctora Margaret Murray, existe una diferencia entre la brujería operativa y la ritual. Pero todas son y buscan lo mismo porque nacieron del deseo de adquirir ciencia y fomentarla, aliándose a los poderes superiores para poder recibir influencias.

Las hubo en todas las épocas y de todas las formas, en todos los pueblos se las menciona. En África, por ejem-

plo, se habla de la bruja como Nupe, poseedora de la mayor cantidad de demonios o maravillas, que con su jefe o Lelu se reúne espiritualmente ya que el cuerpo queda en cama, mientras come almas y elabora planes. Existe también la “Sociedad de los Hombres Leopardo” que devoran a sus congéneres.

En Palestina se dice que está invadida

de brujos y que era obra del demonio, y se habla de médium; la más conocida era la de Endor, llamada Ba’Lalah Oh, dueña de un talismán o espíritu familiar, pero no con un concepto de animal como en Europa. En Arabia se ora diciendo: “Me refugio en el señor de la madrugada contra el mal

de los oscurecimientos cuando se produce y contra el mal del envidiosos cuando envidia”; una frase del Corán contra los encantamientos que se profieren a través del aliento.

Por su parte, en Grecia encontramos a la pitonisa o “damisela poseída de un espíritu de adivinación”. También a Diana, la cazadora, que cabalgaba en las noches de luna; los Jamabuxos del Japón, fanáticos

que conversan con el diablo y lo convocan; o en China, los Lokapala, poderosos guerreros que protegían las tumbas para que los demonios no robaran las almas.

¿Quién era el conductor de aquellos dedicados al arte brujeril? Su majestad el Diablo, el que todo lo puede, el coyote en las pinturas rupestres.

Para las tribus californianas era el Sedit;



para los Tártaros era Ngaa, el espíritu del mal; el dios-serpiente de la Mesopotamia o Lilit en Israel. En el Líbano, el demonio era Enlil Seth; en la India, Shiva; en Grecia, Tifón; y en Roma algunos piensan que era Baco, pero en realidad era el dios Marte, el fundador de Roma.

Cuando las tribus bárbaras invaden gran parte de Europa traen consigo también sus creencias del bien y el mal contrapuestas en un mismo dios antagónico.

En el siglo II, Manes presenta y agiganta estas teorías mezclándolas y dando origen al Maniqueísmo, en el cual el mal invadió el territorio del bien y comenzó la lucha.

San Agustín, en el siglo IV, preocupado

por estas teorías y sus misterios, vivía obsesionado por la existencia de incubos, aunque al principio hablaba de libertad en las creencia absoluta.

Los donatistas recomendaban corregir el acto del diablo, pero que no se castigaría. En el derecho romano se hablaba de proteger la libertad de culto. En muchos pueblos se podía cobrar multas y hasta encarcelar

por agresiones físicas o por intentos de perjurio, pero no se llegaba a aplicar penas máximas ni torturas, pues el bien y el mal eran un todo, una entidad.

Después, claro, todo cambió.

El cristianismo le dio al diablo la característica de ser monstruoso, a pesar de que Jesús no tuvo un trato violento con él. Y Satán lo reconoció como Hijo

de Dios. Tras nueve siglos, el demonio se convierte en el verdadero responsable de todos los males del mundo y enemigo de Dios y, por ende, del hombre.

Con la cristianización, el mundo occidental, se vuelve machista. Las mujeres, que con el paganismo representaban el poder de la sabiduría, se convierten ahora en personas débiles que atraen al demonio a través del sexo (masturbación,

homosexualidad, prostitución, prácticas abiertas). Se hablaba que era lo que había sobrevivido como culto druida, o tal vez de creencias más antiguas.

En el año 690, Teodoro de Canterbury legisló contra quienes ofrecían sacrificios a los demonios o destruían a otras personas por los hechizos o adivinación. Las reglas ortodoxas continuaban.



Antes de continuar la historia, es necesario recordar estos vocablos: *Wiccan* (brujas), adoradoras de Diana, derivado de la la expresión anglosajona *wicce-craeft* con la que se denominaba a la brujería. La palabra latina *veneficium* (envenenado-

ra) se utilizaba con el mismo sentido.

A partir del siglo XII, aparecen dos sectas importantes: los Cathari (puros) y los Valdenses (discipulos de Pedro Valdo) que contribuyen a crear malestar y con ello acrecentar la persecución contra los reformistas y los judíos que debieron salir de Alemania y escapar hacia Polonia. Hay un denominador común en toda la persecución: la culpa. Esto nos habla

de otra cuestión –la histeria colectiva–, pero podríamos ampliar nuestro léxico y denominarla crisis de ideas, inestabilidad social o desconocimiento. Hasta en algunos casos, enfermedades psiquiátricas, pero también debemos pensar que también los llamados milagros siguen estos patrones.

Por ambición, el cristianismo avanzó contra los Templarios, menos en Inglaterra donde no se permitía la tortura, pero en el resto de Europa fueron exterminados.

A partir del siglo XV, se perdió la cautela y se comienza a hablar de una nueva secta (la brujería) que se confabula contra el resto, que está atestada de sacrilegios y crímenes contra la fe, orgías, canibalismo y fenómenos paranormales. Imaginen una masa dando alaridos armados con piedras y palos, arrastrando víctimas y llevándolas ante jueces, pactos de sangre y fuego entre hogueras, el espectáculo de las cabezas rodando frente a un público que aulla de satisfacción. Todo esto recorriendo Europa, filas extensas de ancianos, jóvenes, sacerdotes, gitanos, pero especialmente mujeres, que son las más acusadas (hasta llegaron a creer que no tenían alma) creando un folklore de ritos, donde también se condenaba a animales, piedras o plantas.

Sin embargo, la verdadera culpa no era de las creencias, sino del pánico por la idea de envenenamiento o crimen.

En toda América se extendieron los tribunales (Salem, por citar un ejemplo). España, que ya era famosa por lo sangriento de su Inquisición, formó en el resto del continente supremas cortes con ideología religiosa, pero no podían ni debían controlar todo. Para ello, con-

taban con la comisaría, como juez de instrucción, y controlaban a la población, a excepción de los indígenas, cuya madurez mental estaba en duda y no se encontraba sometidos a su férula, si a curas doctrinarios. Estos tenían una organización regional actuando en forma investigativa o policial (no funcionaba el tribunal del Santo Oficio) cada 3 años se presentaban los funcionarios en la morada del comisario ataviados con su indumentaria oficial, como el hábito de Pedro mártir en procesión, recorrían calles y plazas al son de instrumentos. Esta estructura religiosa fue abolida en 1811 y se restableció en 1815.

En la Argentina –al contrario de lo que se cree– siguió funcionando hasta 1813. Luego quisieron restablecerla varias veces ante intentonas conservadores, pero finalmente fue destituida.

Recordemos que el primer condenado por el Santo Oficio fue un judío. En España se los había expulsado (debieron escapar hacia Portugal) a menos que se convirtieran al catolicismo. Un ejemplo de ello, fue Fernando de Rojas, el autor de *La Celestina*.

Andando el tiempo y gracias a la ciencia, los derechos civiles, los cambios sociales y las modas (new age, tarot, astrología, medicinas alternativas), la persecución o caza de brujas pareció encontrar su fin. Pero, ¿fue realmente así? El Ku Klux Klan, las luchas obreras, el franquismo, los nazis, el macartismo, las dictaduras militares, el stalinismo, la revolución popular china o la desaparición de los Pueblos Originarios dan prueba de que la cacería no se detuvo, sino más bien mutó a otras formas.

En nuestra era racional y perfeccionista, donde se sobrevaloran algunas convenciones y se genera la sensación de opresión mental, existen los “nuevos enemigos” de la sociedad.

Al igual que en la época medieval son bufones para el poder, profetas que nos condenan al juicio final *in eternum*, fenómenos a los cuales el público eleva a la categoría de reyes de la deformidad y enemigos, sospechosos, condenados al exilio y la muerte, ya que se permite poner a prueba ciertos conceptos. Si no veamos los continuos enfrentamientos en guerras santas, el utilitarismo, la sobrevaloración de la estética, el fundamentalismo en la economía... Nuevas cazas de brujas.

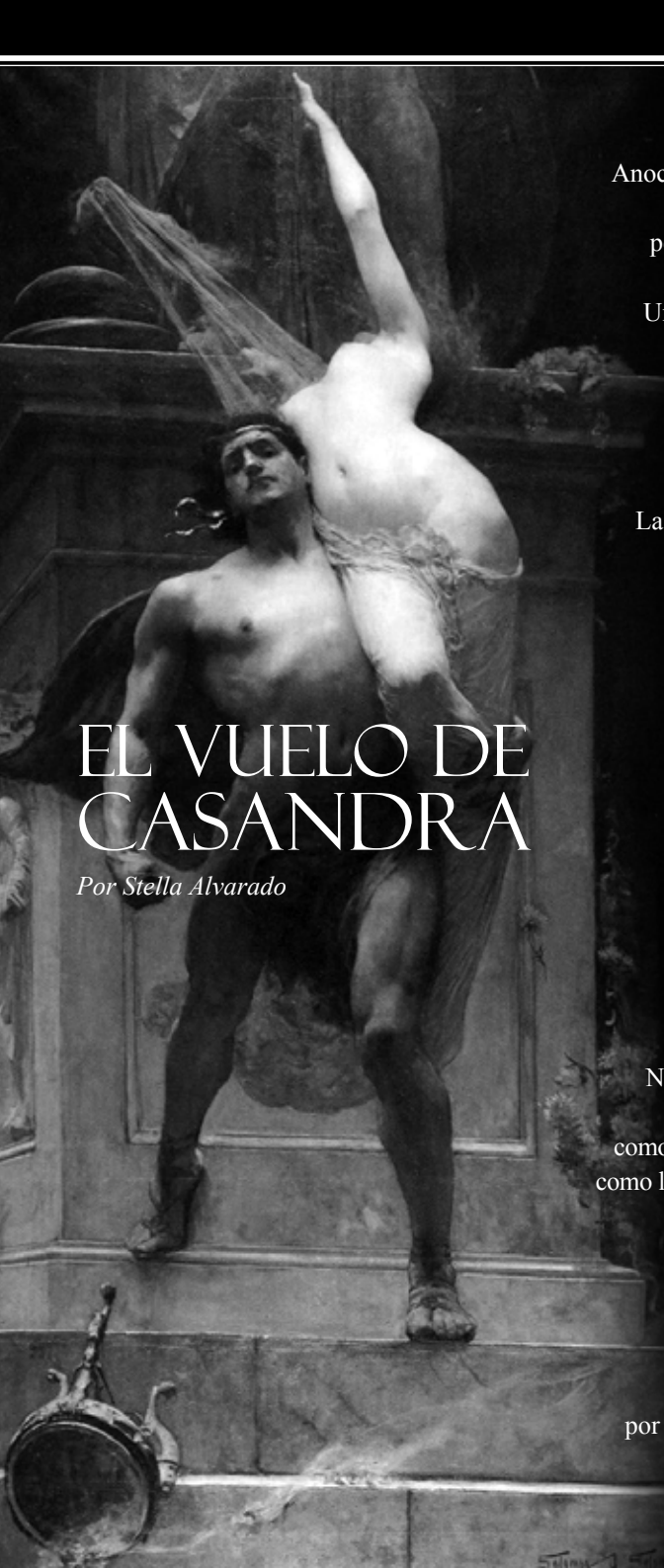
En el arte lo que sucede es la respuesta negativa de los medios frente a la imaginación y aún de los propios artistas que le temen al repudio general y la condenación eterna del olvido. ¿Cuáles son las herramientas maléficas que

utiliza el poder contra los artistas? Por ejemplo, la falta de oportunidades, la censura expresa (o previa), como le sucedió al plástico argentino León Ferrari. Otra manera de atacar a la supuesta “nueva brujería” es acusar a ciertos discos musicales de poseer mensajes subliminales. Alguien dijo que eran parte de un método publicitario, pero se ha visto al congreso estadounidense convocar a músicos para que declaren, además grupos moralistas quemaban sus discos.

Creo que podríamos seguir explayándonos sobre este delicado asunto, pero cada cual puede encontrar casos de persecución y exclusión abierta y deliberada –o casual– en cualquier país.

Los nuevos métodos donde se trabaja subrepticamente contra el llamado “mal” son variados en tipo. En realidad y aunque no utilicen la destrucción del cuerpo, nos llevan por un camino de ocultamiento e ignorancia que parece no tener fin. ☸





EL VUELO DE CASANDRA

Por Stella Alvarado

Anochece desde la pálida rosa triste
arropada de azul,
pétalos dulcemente ascendiendo
hacia el gris de la luna.
Un humo desgajado se desangra.
Ritual secreto
del sol y de la aurora
y de los negros jinetes
de esta noche.

La noche tiene frías venas azules.
Noche que desciende
infinitos peldaños,
enormes galerías
hasta encontrar la puerta
donde yace agotado
el ser que ya no somos.

Me deslumbra esta noche
la muerte que me mira
con los ojos del cielo.
El hálito terrible de las Parcas
regresa en esta noche
donde agoniza
la ronda de mi sueño.

Naufrago entre arenas del desierto
como una estrella
como una sombra que en silencio cae
como la noche apuñalada por el viento.

(En este abismo
volamos sin sentido
como aves extraviadas
como abejas sin colmenas
perseguidas
por la negra jauría de la noche). 𐄂

GATO NEGRO



A mediados del **siglo XIII**, la
inquisición eclesiástica
comenzó una terrible **persecución** contra
los gatos negros porque los consideraba un símbolo del
diablo y cuerpo metamórfico de las **brujas**. 𐄂

ENTEÓGENOS

QUASI INFINITAS FINITA AUT DEUS CREATUS



Como una infinitud finita o un dios creado, canta el estribillo a pura *contradictio in terminis* (o el lugar donde coinciden todos los opuestos) Nicolás de Cusa. Y acusando recibo, al otro lado del siglo XV, Depeche Mode replica, casi como sentencia filosófica *sensu stricto*, pareada con la *nuova scienza*, característica por el

empleo constante y formal del método matemático, pero con más ritmo y seguramente más afin con supuestos con frecuencia irracionales y aún mágicos: “*Your own personal jesus (at the telephone)*”, versionada hasta por Tori Amos... Y esto recién empieza.

Enteógenos, eidéticos, alucinógenos, misticomiméticos, psicógenos, psicodis-

El arte de preparar brebajes mágicos, o que permitan una comunicación ultraterrena, ha sido a lo largo de miles de años una cuestión seria, que se transmite de generación en generación, según ritos celebrados en una necesaria pureza espiritual.

Por María García

lépticos, psicotaráxicos, psicotógenos, psicomiméticos, esquizógenos, fantástica o psicodélicos. Lista enumerativa no taxativa –y seguramente incompleta del clásico *Plantas de los dioses* de Schultes y Hofmann– para intentar describir el paseo por una cosmovisión que es más una cosmovivencia y por ello única e irrepetible; sin nombrar indescriptible.

Enteógenos para suplantar la denominación de alucinógenos, cuya pertinencia es rediscutida por Perlong en *La religión de la ayahuasca*.

Enteógenos, literalmente Dios dentro de nosotros, término propuesto por Gordon Wason, mientras Leonardo Feldman nos recuerda en su tesis inédita en donde compara el uso y la historia tradicionales de cocamama y wachuma que alucinación significa engaño de los sentidos, término incorrecto para definir el efecto de todas estas plantas maestras, o plantas de poder, que por el contrario, generalmente consiste en una amplificación de los sentidos y de la conciencia.

Usos tradicionales o no, a la manera del culto del Yokaanan, el Santo Daime o la União do Vegetal, todos con un sincretismo más virado hacia el eclecticismo o síntesis hasta a veces en sus mismos nombres y denominaciones.

Toda una serie de generaciones sin maestro, ascendiendo o descendiendo, pero *in moto* y de *motu proprio*, acce-

diendo como sea al manjar de los dioses o al menos a sus jardines, en procura de esa experiencia anterreligiosa con sustancias fundadoras de toda revelación y, por consecuencia, de las religiones, encontrándose en la fuente de la vida mística, en la raíz (¿rizomática?) de la práctica religiosa y en el origen del arte según bien nos recuerda Perlong “Long Time” Furst, en *La Chair des Dieux*.

Psicodélicos o enteógenos asociados con las funciones mentales como la imaginación proyectiva, el lenguaje, la facultad de nombrar, el discurso mágico, la danza y el sentido de religión (¿alguien dijo anterreligioso?), que pueden haber surgido a partir de la interacción con plantas alucinógenas, escribe Terence McKenna en *El manjar de los dioses*.

Y cuando McKenna dice “pueden”, está expresando una hipótesis que “debe” o “debería” ser probada. Definitivamente, el tiempo verbal y la redacción de la frase, descontando la adecuada traducción-transducción al español, no podría ser más dichosa, y la dicha aquí sí es cosa alegre: hay que probar el efecto de los enteógenos por uno mismo, ese Dios dentro de nosotros (o Dios que se me añade, dirá la poesía adánica) o bien, sólo enzimas que sinergizan la imaginación humana y enriquecen el lenguaje. No podrían estar más de acuerdo con Albert Hofmann cuando

sugiere que ciertas sustancias están ahí para ser ensayadas o evitadas, no para disertar simplemente.

Enteógenos o Dios en nosotros, siendo oportuno recordar las palabras del filósofo barroco: las mónadas no tienen ventanas —ni puertas, agrega su comentarista en *Lecciones sobre Leibniz*— por las cuales pueda entrar o salir algo, a no ser abiertas sobre la Divinidad, único ente con quien tienen una combinación real y de quien reciben su realidad entera.

La posibilidad de suplantar el consumo de la representación (el consumo de la vis representativa) de todo el rango posible de la experiencia humana por el de la generación de la representación, ya no la de la experiencia inmediata sino la de la misma representación. Todos seremos trovadores, artistas, augures, magos, brujos y nigromantes. Se podrán remozar todas las elites herméticas y tecnócratas, portadoras ya de un saber antiguo ya de otro pluscuamfuturo y conocedoras de lugares secretísimos. Mientras el viejo cuarto del cual ya todos conocen la existencia se abarrota, mudaremos el cuarto secreto al jardín a cielo abierto (jardines de Dios, el paraíso perdido) para que respire nuevo aire y conciba nuevas ideas porque siempre deberemos tener un nuevo cuarto secreto del cual pocos conozcan la existencia en el que se deberán fraguar nuevos secretos que inunden los milenios pasados y pendientes.

No importa sobre qué pista; lo que importa es seguir moviéndose. Y el movimiento tendrá la forma de toda representación como experiencia inmediata. La libertad debe construirse sobre la

necesidad permanentemente (sea ésta espiralada o concéntrica o parabólica o de círculos de diferente diámetro que se tocan sólo en la tangente o de un círculo cuyo centro está en todos lados y sus infinitas circunferencias en ninguna u otras formas de lo imaginario además de la anamorfosis del círculo). Ser dueño de toda representación y ponerla en movimiento.

Como brote que despunta al calor de estas elucubraciones, no se descartará la posibilidad de acceder a la creación y ya no recreación o representación mediada, de verdaderas unidades de experiencia inmediata prohibitivas para nosotros hasta el momento y consideradas como inamovibles o apriorísticas o toda voluntad o determinación actual, individual o humana: la creación de un estado, una religión, una nación, una lengua, una tradición, cambiar el pasado, viajar en el tiempo, ser invisibles. Recorrer el sendero a la inversa, recordando los aportes de todos los chamanismos a la causa humana: los aportes de la música y cantos chamánicos al folclore y la literatura oral y popular con temas y personajes; la generación de creaciones lingüísticas por medio de las técnicas del éxtasis; la confección de la armadura militar influida directamente por el traje chamánico; las “fuentes” extáticas de la poesía épica, el lirismo y el espectáculo chamánicos. Ser un típico ser en la ruta del tentempié.

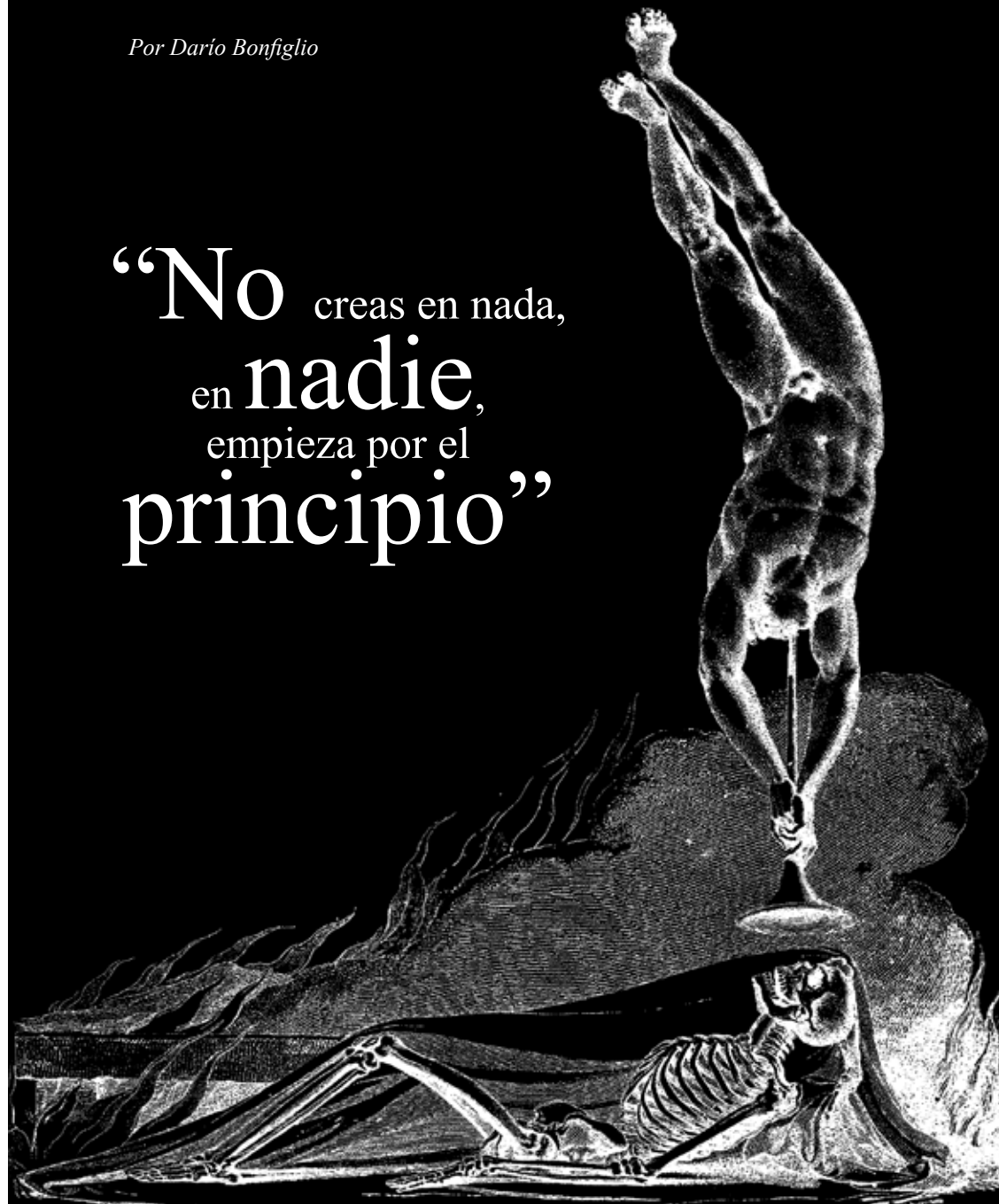
Estoy saliendo con un chamán.

Y como dijo el Conde de Lautréamont: “La chispa divina que existe en nosotros y que sólo muy pocas veces se revela, aparece demasiado tarde”. ❧

BEST WISHES

Por Darío Bonfiglio

“No creas en nada,
en nadie,
empieza por el
principio”



Cuando era chico visitaba la Catedral Metropolitana de la Ciudad de Buenos Aires. Me daba tranquilidad encontrarme ahí adentro conmigo mismo. Sentía que el afuera no era tal. Todo iba a un ritmo que no me pertenecía. Nada de lo que veía me daba seguridad.

Al salir, el sol radiante fue tapado por nubes negras y un viento empezó a nacer. Crucé apurado, un anciano vestido con ropas antiguas caminaba hacia mí sonriendo, hasta que en un segundo se le transformó la cara. Entró en pánico por algo que vio detrás. Pero no le importó, como si su destino estuviera sellado, siguió caminando. Al pasar, me tocó el hombro, lo miré fijamente y sus ojos de pusieron blancos. En el momento no me di cuenta, pero deslizó un cuaderno en mi mochila. La situación me asustó, pero la intriga pudo más y giré para ver lo que sucedía: una pareja lo arrinconó contra la pared y lo increpaban en un idioma desconocido. La gente, indiferente, no les prestaba atención. El viejo se dejó caer en el piso, le revisaron los bolsillos sin obtener lo que querían. Uno levantó su mano, tenía algo plateado. Grité sin querer, cerré los ojos, cuando volví a abrirlos ya no estaban. Habían desaparecido. Todos.

Esa imagen, esa gente, ese pobre hombre, todo quedó retumbando en mi mente. Antes de ir a dormir, las imágenes se repetían una y otra vez. La pareja, sus rostros, viejos o jóvenes no pude distinguirlos. Sin embargo, me parecían familiares. Tenían un gesto, un modo extraño de mover sus brazos, hilando fino las secuencias no podía aclarar lo que vi. Segundo a segundo me hundía más en mis pensamientos.

Al preparar la mochila para el colegio descubrí el libro. Tenía letras ilegibles, signos, mapas, nunca había visto algo igual. Una hoja suelta en su interior decía: “No creas en nada, en nadie, empieza por el principio”. Para qué decirlo, esa persona, ese libro, esa frase... cambió el destino de mi vida.

Cincuenta años después recuerdo todo como si fuera ayer. Los rostros, la furia contenida en esa pareja. Cincuenta años revisando libros, estudiando, analizando qué es el mundo que nos rodea. ¿Cómo se puede explicar las tecnologías que nos dominan? ¿Dónde nacieron los inventos? ¿Casualidades, simples creaciones de la mente humana? Al principio creí que era así, que todo nacía de la simple evolución del hombre. Error. Hay algo oculto perversamente en todo lo que nos rodea y como nuestra vista terrenal no es apta para divisar el mundo espiritual con el que convivimos, esta voz ahogada en el mar de una sociedad incrédula se propone gritar en el vacío.

Lucifer y Dios no compiten por las almas. Es una mentira, nunca quisieron traducir las escrituras como se debe. Ellos las dejan fluir libremente y cada una en su momento espiritual elegido decide mantener los pies en este mundo o en la

divinidad. Por eso están los que mueren y los que se regeneran, los que reencarnan. Esa es la función de la magia. ¿De dónde nace? ¿En qué momento llega a nuestras manos?

Lucifer, antes de ser derrocado y hundido, dejó en las venas mismas de la tierra las piedras de su fuerza. Grabados con sus poderes fueron depositados a lo largo y ancho del mundo sin ser vistos por el supremo Dios Padre. En los inicios de la humanidad, tanto Adán como Eva tenían las mismas habilidades que Jah. Pero ella, accidentalmente, encontró una de las piedras del demonio. Ese fue el inicio de la Magia.

Eva no podía procrear y mediante los libros dio a luz a Caín. Pero Dios la embarazó de Abel para equilibrar la Tierra. Eva le enseñó todo lo que sabía a Caín, pero Abel, creado a obra y semejanza, tenía los conocimientos innatos. El mayor, celoso de su hermano puro y trabajador, lo asesinó. Caín se alejó de su familia para seguir buscando las piedras de Lucifer. Arrepentido quería devolver a su hermano a la vida, pero fue inútil. Eva creó a Set para remediar el punto anterior. Pero ante el peligro de que ocurra lo mismo, Adán se escapó con su hijo recién nacido.

Desde los inicios de la humanidad, la magia marcó a fuego nuestra historia. Set conocía los poderes de su madre, pero Adán le enseñó a hacer el bien.

Durante años, las dos civilizaciones (Brujos y Naturales) estuvieron separadas. Los Naturales fueron callando y olvidando el porqué de sus inicios. Así fue que sobrevivieron durante siglos sin ser molestados. Hasta que los Brujos se expandieron en la tierra, a medida que fueron encontrando las palabras de Luzbel.

A cada piedra, una lista interminable llevaba a su población a un nivel más alto de vida que le permitía someter a sus creaciones. Tiempo después llegaron hasta donde estaban los Naturales. Sólo unos pocos conocían la verdadera historia y para no poner en peligro a toda la comunidad decidieron callar. Luchar desde el silencio para poder derrocar a la brujería.

Las almas puras se elevan al cielo, las consumidas son las que se quedan. Es el equilibrio que se pactó; no hay forma de salirse de ese juego porque cada uno juega con las armas que mejor conoce.

Los Naturales están en contra de los Ajenos que saben la verdad, como yo. Quieren el secreto para ellos, pero no estoy de acuerdo.

Quizás sea mi último día, quizás no. Al fin y al cabo no sé a quién temerle, pero al descubrir la verdad me siento en la obligación de ponerme a favor de mi dios. Pero voy a servirme de las armas del diablo para poder llegar a la mayor cantidad de gente posible. “No creas en nada, en nadie, empieza por el principio”. ☸

EL ÚLTIMO RECURSO

Guión Diego Arandojo
Arte Diego Yapur



La luz era el vehículo.

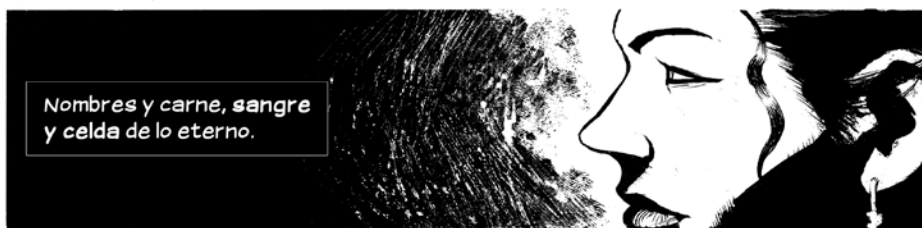
El cuerpo era el recipiente.



La luz, atravesando los órganos del cuerpo, encendía sus atributos esotéricos, llamándolos por sus nombres ocultos.



Nombres y carne, sangre y celda de lo eterno.



El ritual de transferencia daba comienzo.



Este era el secreto mejor guardado de la monarquía etrusca.

Los arúspices (sacerdotes etruscos) habían logrado atrapar a la diosa de la noche y de la muerte: Artume.



Temida. Respetada. Codiciada.



Etruria.
Hacia el siglo VI a. c.



El Rey estaba preocupado.

No era la primera vez que presenciaba el ritual. De hecho, lo supervisaba todas las semanas.



Pero había algo en el aire, una sensación de angustia y desazón.



Se debía mantener atrapada a Artume el mayor tiempo posible.



Solo así los etruscos
controlarían la oscuridad y la
muerte, protegiendo su nación
de sus enemigos griegos.

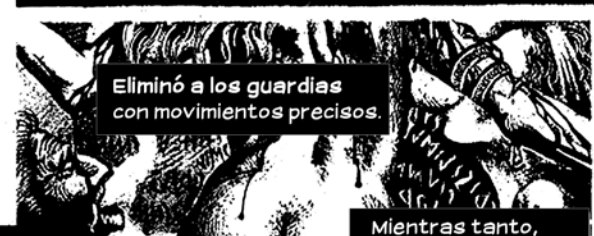
El extranjero conocía
el arte del silencio.



Logró infiltrarse
en la fortaleza.



Eliminó a los guardias
con movimientos precisos.



Mientras tanto,
la transferencia
llegaba a su clímax.



Los presentes sentían
en sus venas cierto erotismo
sombrio, que excitaba sus
pasiones más bajas.

El ritual llegaba
a su fin...



Pero fue interrumpido.



El extranjero no era otro
que Artemisa, la diosa
griega de la cacería.

Ningún humano era capaz
de detenerla. El recinto
se llenó de sangre...



¡IAHHH!



Mientras la diosa
griega masacraba a
los soldados, el Rey
huyó cobardemente.



Finalmente, Artemisa
logró su objetivo:
capturar a Artume y
robarle sus poderes.



Así quedó sellado el futuro
de la nación etrusca, en medio
del caos y la desesperación...

R. S. F. B.

(LA RECETA SECRETA EN LA FIESTA DE LAS BRUJAS)

Por Diego Ollero

c
o
n
j m
u u
r e e r
o r u t
t e m e

compuertas + pócima + brebajes
el párpado de la luna lleno de pelo
de sapo acciona el sexo del demonio
así las ramas hundirán el brazo párpado
hacia los estómagos cielos vellos/lágrimas
de cadáver seco, uña de puerco salvaje
devora aquellos infantes de la noche
guíalos por las compuertas del
inframundo y permíteme
el manantial de las brujas. 